

# HUMANISMO Y FILOSOFÍA EN MÉXICO

Agustín Yáñez\*

**H**umanismo y filosofía son dos conceptos esenciales en la trayectoria espiritual de México, aun cuando alguna vez sean tan sólo palabras apuntadas hacia una intención inactual, fórmulas sin contenido, recuerdos o deseos, así y todo, fueron y son esos conceptos el índice que marca rutas exactas al espíritu nacional, el cual es como es y como fue hecho, cuyo genio y figura no puede mudarse sin consentir en la renuncia de su ser, en el trueque por otro espíritu, en la desvinculación de este peculiar organismo que se nos da como nación aquí y ahora, con tradición y destino específicos.

Porque lo nacional mexicano no es lo indígena, ni lo europeo, ni menos aún, dentro de lo europeo, lo inglés utilitarista ni sus derivaciones al activismo y la especialización angloamericanos que, en nuestras crisis de filisteísmo, en las más dolorosas etapas de nuestra evolución, hemos querido adaptar ciega e ilusionadamente. (Se rozan estas ideas con las exposiciones de Alfonso Reyes: *Discurso por Virgilio. Homenaje de México al poeta Virgilio...* 1931, p. 385); Samuel Ramos: *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, 1934; José Vasconcelos: *De Robinson a Odiseo-pedagogía estructuralista*, Madrid, 1935).

Cuando, derrotado el positivismo, estamos siendo víctimas de un nuevo asedio por el pragmatismo sajón, interesado en desfigurar la fisonomía mexicana con golpes directos a la frente y al perfil

\*Obtuvo su maestría en Filosofía por la UNAM en 1951. Se desempeñó como profesor en la preparatoria de la Universidad de Guadalajara, en la Escuela Nacional Preparatoria y en la UNAM. Asimismo fue director de radio de la SEP y coordinador de Humanidades en la máxima casa de estudios. Gobernador de Jalisco (1953-1959), subsecretario de la Presidencia (1962-1964), secretario de Educación Pública (1964-1970). Miembro de El Colegio Nacional y de la Academia Mexicana de la Lengua, y en 1973 recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes. *Universidad: mensual de cultura popular*, julio de 1936, tomo I, núm. 6.

de nuestra educación (gestión y rastro de Moisés Sáenz a su paso por el Ministerio de Educación Pública), habrá de defendernos la renovación profunda y maciza de nuestras escuelas por el humanismo y la filosofía. Y ha de ser la Universidad el adelantado en esta marcha contra especialismo y pragmatismo.

Pero tal renovación exige energía en el obrar y autenticidad en el contenido de los conceptos, porque como ya se apuntó líneas arriba, a nuestro humanismo le ha faltado la más honda y urgente significación, ni nuestra filosofía ha sabido abrir anchurosamente el campo de sus actividades espirituales: filosofía de contrasentido y paradoja por sus limitaciones.

La estrechez de miras de un humanismo que señorea buena porción de la enseñanza mexicana, queda expresada por D. Mariano Cuevas en su discurso "Orígenes del Humanismo en México": "Humanista: es un hombre dedicado a las letras humanas... Por ser objeto de las humanidades las letras y no las ciencias, se excluyeron las ciencias naturales, las ciencias exactas, las jurídicas del campo específico de los humanistas... El humanista es el hombre que da una manera disciplinada (no por brotes primarios) cultiva las letras e ilustración humana. Como empero las galas del bien decir suponen materia sobre la cual ha de versar lo estudiado o ilustrado, el humanista aplica sus

letras, su buen gusto, su 'chispa' ya a la crítica, ya a ciencias exactas, ya a las que podemos llamar más propia de él, que son la historia, la filosofía y la psicología" (pp. 16-17).

Con toda precisión se restringe el humanismo al campo de las letras; pero en la realidad esta corriente limita todavía más el concepto humanista, proscribiendo la *opera omnia* de ciertos autores (Aristóteles, Petronio, Apuleyo, para no citar sino nombres greco-romanos), y ejercitando expurgación sobre casi todos los ingenios humanos con cuyo escogido fruto se organizan "selectas" para uso de las escuelas, en donde el estudiante ni ha conocido en realidad la obra de los clásicos, ni, por lo común, ha concebido afición para ir por sí solo a las amplias fuentes en donde con un rápido baño fueron tocadas las pastillas homeopáticas que ha probado en sus cursos de humanidades. A últimas cuentas el estudiante no sólo no ha cursado humanidades, sino que su conciencia, y sobre todo su subconciencia (elemento psicológico cuya importancia vital cada vez se advierte mejor) han sufrido falsificación y estrechamiento por las manipulaciones de sus directores. Aun cuando no se llegara a este extremo, la limitación literaria del humanismo bastará por sí misma para acreditar de manca e insuficiente la cultura de un hombre; de aquí la nulidad, ya tradicional en nuestro país y caracterizada cumplidamente en el Periquillo de Fernández de Lizardi, del seminarista que "destripa" al acabar el ciclo de humanidades, y esto por lo ralo de los programas que fuera del latín y algo de gramática castellana, si acaso incluyen elementalísimas nociones de historia, geografía, matemáticas, etc., pero con carácter de asignaturas secundarias. (Véase los programas correspondientes a diversas épocas en la obra "Historia del Seminario Conciliar de México", por el Pbro. Pedro J. Sánchez). Claro que esta pobreza del ciclo de humanidades obedece, en general, a la escasa



preparación de quienes, por lo común venidos de provincia, de aldeas, ingresan a los seminarios; problema que en otro lugar estudiamos detenidamente al examinar la influencia del resentimiento en la historia y destino de la educación mexicana. Cabe aquí únicamente apuntar cómo la denominación de humanidades, referida a los estudios gramaticales, con exclusión del ciclo filosófico tan importante en la organización de aquellos institutos, me parece inadecuada, pues no hay nada que llene de sentido al humanismo como las disciplinas filosóficas; si los "destripados" del primer ciclo arrastraron siempre la miseria típica de Perico Sarmiento, bien diverso fue el destino de quienes abandonaron el seminario al terminar los estudios de filosofía con los cuales propiamente acababa el bachillerato: nuestra historia del siglo XIX está llena de nombres ilustres con aquella ascendencia, tanto más generalizada cuanto eran los seminarios las instituciones únicas que ofrecían los estudios preparatorios, indispensables para abrazar una carrera "liberal". Más adelante será objeto directo de una mención,

la enseñanza de la filosofía en los seminarios, cuya importancia ha sido considerable en la historia cultural de nuestro país.

Resueltamente nos pronunciamos contra el humanismo restringido a las estrechas dimensiones de la gramática y la literatura. Humanismo —estudio de humanidades—, en síntesis última, ha de ser la comprensión y la participación activa del espíritu de todos los hombres valiosos, principalmente de aquellos que surgieron dentro de la cultura de occidente que nos es esencial. El concepto de humanismo, por lo tanto, apareja los sentimientos de cordialidad, simpatía, amplitud, inquietud, actividad. El humanista ha de hacer suyos el espíritu y las experiencias de los hombres creadores de valores; para ello, primeramente, ha de buscarlos, ungiendo su premura en el óleo de la simpatía; luego ha de entenderlos,

amarlos y seguirlos con fervor renovado. Simbiosis constante y consciente, como quiere Troeltsche. Biología de la tradición, según define Curtius.

De esta manera, estudiar humanidades no es aprender mecánicamente y con artificios que suplan a un entrañable interés, este o el otro idioma, claves de valiosas porciones de la humanidad; ni es tampoco acercarse con tiento y reserva a este y aquel espíritu, salvando cotos en sus obras y aceptándolas con parcial efusión; ni menos aun seleccionar disciplinas y experiencias para servirnos de algunas y desdeñar otras.

El humanismo es algo integral: por esto choca con su concepto el método exclusivamente analítico y especialista que llevado en nuestros días al terreno pedagógico, se traduce en el activismo de Dawey. Por el contrario, el humanismo exige la agilidad y el vigor de la síntesis que es cifra de la verdadera inteligencia; quien no posea este don, en vano estudiará humanidades.

Asimilación de los mejores espíritus, el humanismo no puede ser pasiva proyección sobre el pasado, sino re-creación, re-animación de lo que fue. El humanista re-vive en sí, conforme a su moderna circunstancia, pensamientos, sentimientos y fórmulas de un pretérito ejemplar; luego el humanista ha de ser hombre alerta, disparado en incesante actividad hacia la aprehensión de los valores que su simpatía intuye.

Y llegamos de este modo a la verdad suprema del humanismo; poco vale en él la letra y todo el espíritu. Es falso, en consecuencia, el humanismo que se aferra a la letra y de ella hace inextricable dogma, con desprecio absoluto de su espíritu: humanismo interesado, sin agilidad ni actualidad, es incapaz de re-vivir, de re-crear; quédese en la cripta de una muerta erudición sin destino ni posibilidades apreciables.

Entre el puro erudito y el real humanista, media la distancia que entre un esqueleto de fosa común y el magnífico corredor que anunció –en casi un vue-

lo–, el triunfo de Salamina; idéntica distancia que entre una ruda piedra de molino y la piedra hecha vida en la Victoria de Samotracia.

Semejante amplitud requiérese, asimismo, en los estudios filosóficos. Si cultura es alma, la filosofía es el alma de la cultura. Por desgracia la enseñanza de las disciplinas filosóficas en nuestras escuelas ha adolecido de inveterados defectos: o se trata de imposiciones sistemáticas absolutamente cerradas, o de un caos de ideas contradictorias, con solución de continuidad, abstrusas y frívolas,

insensatamente eclécticas. El primero es el sistema de enseñanza de los seminarios, patrón y única filosofía escolar durante muchos años: el pensamiento ajeno a la escolástica se trata fragmentariamente según va conviniendo a la apologética de las tesis propias; la discusión se entabla sobre prejuicios, sin que las doctrinas y los pensadores adversos sean previo objeto de exposiciones desinteresadas: exposición y crítica se resuelven implacablemente y por lo común la crítica precede a la exposición mutilada de los heterodoxos. (Véase, entre otras muchas, las alegaciones en pro,

del Obispo de Michoacán, don Clemente de Jesús Munguía, en la "primera serie" de sus *Obras Diversas*, y del Obispo de León, don Emeterio Valverde y Téllez, en sus diversos tratados sobre la historia de la Filosofía en México; y en contra pueden consultarse *La filosofía en la Nueva España, o sea disertación sobre el atraso de la Nueva España en las Ciencias Filosóficas, precedida de dos documentos*. Escrita en Lagos, por Agustín Rivera... 1885, y el *Ensayo histórico de las revoluciones de México*, por don Lorenzo de Zavala, tomo II, Cap. 9).

El segundo sistema que por lo común es el adoptado en las instituciones laicas, añade a los defectos señalados antes, sus constantes fluctuaciones y modificaciones, porque está siempre atento a las fluctuaciones y modificaciones continuas en el orden



político que demandan la bandera de un criterio filosófico; en el lapso de la carrera de un estudiante los planes y programas de estudios se modifican infinitas veces, de acuerdo con las exigencias políticas o simplemente con el gusto o capricho de los gobiernos: es raro que el primer acto de una autoridad escolar, que en México se muda por lo menos anualmente o antes si hay oportunidad, no sea el cambio de planes o programas; así un estudiante que comenzó a orientarse por el camino de un agudo psicologismo, a mitad de sus estudios, sin transición ni juicio suficiente, se enreda en las mallas de una nueva posición filosófica. Otra circunstancia agrava el daño de esta inestabilidad: el carácter episódico, discontinuo, de las enseñanzas filosóficas así de la materia como en el método; cuando, por ventura, algún instituto escapa de la heteronomía política, quédale el resabio de la discontinuidad en el conjunto de las disciplinas filosóficas que profesa; este aspecto de la cuestión se complica con un mal entendido de la libertad de cátedra, a saber, la ilimitación casi absoluta en que se deja a los profesores aun para determinar las grandes líneas de sus programas y el método de la enseñanza, que al fin resulta anárquica; en esta cátedra de psicología el alumno presencia el episodio de la negación del alma y del determinismo; más tarde, en la clase de ética, el alma goza de plena salud y el libre albedrío desempeña el papel de mayor importancia; en aquella clase la psicología es la clave del edificio filosófico, y luego, en esta otra clase de lógica, un secuaz de Husserl sostiene la memorable batida contra la intromisión psicologista y restaura el ordenamiento de la Escuela; en este curso de ética se examina con detenimiento el episodio de la libertad o el del utilitarismo, pero sin resolver todos los cabos, sin contraer el compromiso de una posición personal o aun recayendo en la conjuración del silencio contra los argumentos adversos a las ideas expuestas, se salta al estudio de



otros temas cuya conexión con el anterior no aparece clara a los alumnos; para salvar los inconvenientes apuntados, este maestro organiza un estudio total, panorámico, donde el discípulo aprenda el cruzadísimo mapa del pensamiento filosófico y sepa atenerse a esta orientación de conjunto cuando oiga tesis contradictorias, pero las proporciones que de ordinario tienen estos estudios dentro de la economía general de los institutos, dificulta la resolución favorable de la línea de sucesión sistemática de una idea, y estos cursos sufren el deplorable destino de

casí todos los cursos de las escuelas mexicanas: se quedan a medio desarrollar o se reducen a una retahíla, sin sentido, de nombres, y a una confusión de ideas disímiles e incomprensibles.

La falta de estudios preparatorios sistemáticos, de carácter sintético, pero completos, hace de todo punto inútiles y aun perjudiciales los cursos monográficos que se sustentan en las escuelas superiores.

La raíz de estas circunstancias tiene arraigo profundo, como que procede de que a su vez, los actuales profesores, fueron víctimas de tal desorganización; la di-

versa procedencia espiritual, y en muchos casos el autodidactismo aceptado como un recurso heroico contra las antítesis circundantes, prolongan sobre el presente, los yerros del pasado.

Toca, por todo ello, a la Universidad, y muy especialmente a su organismo céntrico, la Facultad de Filosofía y Artes, promover la renovación nacional de estas disciplinas; si ella no organiza con un profundo sentido de *uni-versalidad* (unidad de toda variedad), las tendencias dispersas y, como hemos visto, urgentes para la integridad de nuestra fisonomía cultural, el mal de las escuelas de México se multiplicará, pues, en todo el país se habrá perdido el vigor humanista y la filosofía de los ciudadanos será tan borrosa, que precisará llamar al Fundidor que en el "Peer Gynt", de Ibsen busca a los hombres inútiles para echarlos en el crisol de donde saldrá una mejor humanidad.<sup>28</sup>